

NOVELA ROMÁNTICA CAMR

Lissette!

LA MÚSICA HECHA MUJER

THIERRY LEMARC

CAMR

*Eres irresistible cuando haces lo que sabes
hacer, exactamente aquello que amas.*

Episodio 1

La luna era pálida en el horizonte. La brisa marítima me envolvía con su humedad y mecía mi cabello. La ropa se me pegaba al cuerpo, igual que el pelo a mi frente. Los pies descalzos sobre la arena fría por el relente. Mientras no cerraba mis ojos para sentir aquel dolor, mi mirada al frente disfrutaba del reflejo de la luna sobre el mar.

Estaba helado pero no podía dejar de tocar. Enfrascado en la interpretación de aquella obra que me agrietaba el alma con cada nota. Sentado en una roca, abrazando mi violonchelo. Mi mano apretaba el arco con fuerza como si en ello, tuviera el poder de no dejarla marchar.

Era apenas un niño y mi madre se moría. No recuerdo en mi vida un dolor parecido. Sentía su mano apartándome algunos mechones de mi frente. Venía a mi mente su tímida sonrisa entre las sábanas blancas del hospital.

Desde entonces, cuando interpreto “Caruso”, vuelvo a revivir todas aquellas emociones. Es rara la vez que no acabo en lágrimas, así que intento que nadie me pida tocarla y si lo hacen, me ocupo de rehuir la oportunidad.

En esta ocasión, me ha sido imposible evitarlo.

Estoy haciendo una colaboración con una conocida orquesta sinfónica en el auditorio nacional. Si quería seguir viviendo de mi profesión, tenía que hacer caso a mi compañía discográfica que me “recomendaba” entrar en este país por la puerta grande. Y eso, según ellos, pasaba por tocar con la filarmónica más conocida del planeta, un tema que me hiere por dentro. Lo digo con ironía porque no saben de mi “problema”. Uno no va diciendo cuando quiere que le contraten: “Soy músico, además bueno, pero no puedo tocar un tema en concreto”.

Estoy entre bastidores, rodeado de multitud de músicos que no hablan mi idioma y que están tan nerviosos como yo. Quién diría que esta gente

que está tan acostumbrada a aparecer en un escenario, puedan dar saltos, morderse las uñas y resoplar, antes de salir a escena.

Un tipo con unos cascos de los que sale un micro hasta la boca, nos anima a colocarnos tras el primer telón, dando palmadas y diciendo algo que no entiendo.

El mismo tipo, me coge del brazo y me coloca el primero. A través de la tela negra, la luz de los focos me da directamente a los ojos y no puedo ver lo que ocurre en platea.

Me han explicado que mi lugar será justo delante de la directora de orquesta, o sea, en primera fila.

Me dan la señal de salir y torpemente subo los últimos peldaños. El auditorio está a rebosar. Me siento más pequeño de lo que debería. Yo también estoy acostumbrado a los conciertos. Me encuentro en un país distinto al mío que usan un idioma que desconozco. Me aprieta la corbata, me tira la americana y me duelen los pies aprisionados por unos zapatos impolutos y brillantes.

Lo único que reconozco cuando llego a mi puesto, es a Lissette, mi violonchelo. Entonces empiezo a sentirme como en casa. Le puse nombre de mujer porque era lo más agradable de acariciar, cuando no había ningún “ella” en mi vida.

Tras unos minutos de murmullos mientras se colocan los músicos en sus lugares, empiezan las primeras notas de la orquesta. Lissette está entre mis brazos y cuando reconozco mi entrada, casi sin querer, las notas empiezan a renacer en ella. Me dejo llevar hasta un delirio que me hace evadirme de aquella sala repleta de gente. Vuelvo a la playa, al dolor, al mar y al olor a sal. Mis dedos de nuevo, aprieta con fuerza el arco y las notas resuenan melódicas entre mis piernas.

Cuando acabo de tocar, estoy descalzo. He debido de quitarme la prisión de mis pies intentando sentir de nuevo la arena húmeda. Sin calcetines, mis dedos desnudos notan el frío suelo. Estoy exhausto y abrumado por los flashes de las

cámaras. La gente de pie me aplaude y me sonríe. Miro hacia atrás sin comprender. Los músicos de la orquesta también me aplauden. Me doy cuenta de que las lágrimas ruedan por mis mejillas. Me levanto, dejo reposando mi violonchelo en la silla. Saludo con cortesía. Una nueva ovación se deja oír en el auditorio. Recojo mis zapatos con la mano, mientras los flashes siguen iluminándome y camino descalzo hacia el camerino. Mi actuación ha finalizado.

Episodio 2

Llego al hotel en taxi con mis zapatos otra vez en los pies, pero me deshago de ellos nada más pasar de la puerta de mi habitación. Me tiro en la cama, todavía con la americana. Estiro de mi corbata y me desabrocho los primeros botones de la camisa para poder respirar.

Siempre me ha agobiado tanta rigidez.

La camarera del hotel ha dejado la puerta del balcón abierta después de la limpieza diaria y el viento fresco entra por ella.

Todavía tengo el pelo mojado del sudor de la interpretación y siento un escalofrío que corre por mi cuerpo.

Miro el techo blanco, planteándome si levantarme a darme una ducha.

Un nuevo soplo me alcanza esta vez el cuerpo y me estremece. Esto me ayuda a decidir. Tomaré una ducha caliente para volver a mi calor.

Sentirse solo en una habitación de hotel es para mí un tema habitual

que se repite en cada concierto por la geografía del planeta.

Cierro la puerta del balcón. Las vistas sobre el extenso río que divide la ciudad, me hipnotizan. Los edificios de enfrente están a gran distancia pero lo que me llama la atención son sus luces que brillan como el oro. Es casi media noche y el sigilo inunda este lado de la capital. Considero que ya hay suficiente silencio en mi vida, así que me ducho con rapidez y me voy al centro, donde hay movimiento en las calles y conciertos en los bares.

Intento ser un tipo normal entre el gentío, aunque me observan intuyéndome extranjero.

Me meto en un pub estilo irlandés muy animado. Un grupo de jóvenes está tocando música celta mientras el resto los escucha bebiendo cerveza. Yo pido la mía señalando la pizarra de pedidos con el dedo. No sé hablar alemán pero tampoco creo que llegaran a oírme con tanto ruido. Cuando me acabo la cerveza, pago, y salgo a recorrer algo más de la ciudad.

No la conozco, pero el GPS del móvil no va a dejar que me pierda.

Cuando levanto la mirada de él, me encuentro en un callejón bastante oscuro y desierto. Es una forma de acortar el camino hasta el hotel. El GPS parece que no tiene en cuenta los suburbios.

Tengo la sensación que no ha sido una buena idea, cuando veo la sombra de dos tipos que me siguen los pasos. No quiero darme la vuelta, ni acelerar, para no alentarlos. Me gritan algo que no entiendo, hago caso omiso, hasta que me alcanzan. Se me ponen uno a cada lado y me obligan a detenerme poniéndome la mano en el pecho.

No veo buenas intenciones en sus miradas.

Me suelto determinante para seguir caminando, no quiero problemas, pero uno de ellos me pilla desprevenido dándome un fuerte puñetazo en la sien que me hace tambalearme. El dolor sordo y frío empieza a tornarse ardiente y palpitante. No esperaba acabar así la noche.

Intento defenderme, soy algo más alto y fuerte que cualquiera de los dos pero estoy aturdido y aprovechan para golpearme los dos a la vez. Despues de una fuerte patada en el estómago que me deja sin respiración, me doblego de dolor para recibir un rodillazo en la boca. El labio me sangra, siento el sabor metalizado en mi boca.

Cuando caigo al suelo vencido, uno de ellos me arranca el reloj de la muñeca, rebusca en el bolsillo de mi chaqueta mi dinero y se lleva tambien el móvil.

He decidido no oponer resistencia o podrían matarme y no tiene sentido morir por dinero.

Ya no pueden llevarse nada más que mi dignidad.

Sin el móvil, estoy perdido, así que en lugar de avanzar, vuelvo sobre mis pasos como buenamente puedo y encuentro de nuevo la calle llena de gente. Me apoyo en la esquina de un edificio para recuperarme un poco. Todo el mundo me mira con extrañeza. Ninguno se atreve a acercarse a mí. ¡Como si fuera yo